

La Construcción Social. Humanismo y Antihumanismo

La exposición que haremos hoy continúa en la línea temática del encuentro anterior en el que Cristina nos introdujo en un concepto difícil de apresar como es el de *trasfondo psicosocial*. Con esta idea se intentó dar cuenta de la existencia de un conjunto de elementos que operan como un gran condicionante de época, como aquello desde lo social que habilita, permite o clausura el desarrollo de ciertas narrativas y líneas de acción, interpretadas éstas desde la moral, desde los valores o las verdades aceptadas en la época en cuestión, como un limitante y/o habilitante en la imaginación necesaria para la resolución de los problemas del momento en una dirección revolucionaria.

Es desde este trasfondo, en constante transformación y renovación producida por la dinámica generacional y la producción de eventos en lo social, del que surgen adhesiones o rechazos a nuevos planteos, a nuevas propuestas, a nuevos esquemas y nuevas concepciones. Es un “clima de época”, que pone el marco a lo posible. Si bien puede resultar dificultoso su reconocimiento, aún mayor complejidad pareciera asumir el intento de develar y/o intencionar en su constitución, en su dinámica y en su posible transformación. De todos modos, cualquier intento de plasmar un proyecto social en el mundo, chocará indefectiblemente con él. De modo que en esta presentación en la que nos introduciremos en los aspectos generales de una dirección humanista en lo social, surge de inmediato la pregunta sobre si el humanismo, el Nuevo Humanismo, este Humanismo Universalista pudiera ser parte de la búsqueda y reclamo de época.

Cuando en el título del presente trabajo nos referimos a la construcción social, no será nuestra intención discutir con las teorías que pretenden explicar la composición, la estructura y el proceso de la especie humana. Comprendemos que lo social es parte de la esencia humana, interpretando a las modalidades institucionales y organizacionales como históricas, en continuo y hoy acelerado proceso de transformación. Consideraremos un sintético recorrido histórico para precisar el modelo que se ha desarrollado y presentaremos las hipótesis más generales que pueden dar sustento al futuro próximo.

Resultará suficiente como encuadre a nuestro tema afirmar que lo social, para cualquier momento histórico, debe ser comprendido a partir de la característica humana esencial: la intencionalidad. Hablar entonces de construcción social es dejar explícito un reconocimiento de que lo social es producto no de un devenir de orden natural, divino o predestinado, sino que, opuestamente, el

estado de lo social en un momento dado es producto de la intención humana, es el resultado de las luchas y disputas entre seres humanos que sostienen intereses e intenciones diferentes y que terminan produciendo un orden social dado.

Poner el acento en la intencionalidad como dimensión esencial de la construcción de lo social, implica la posibilidad del permanente ejercicio de la no aceptación de lo dado, implica el sostenimiento de una visión en la que la evolución y la transformación no tienen un final preconcebido, comprende la posibilidad del permanente cambio, de un futuro siempre abierto. Así, nos alejamos de cualquier visión que pretenda encorsetar lo humano ya sea desde lo objetivo, desde lo subjetivo, desde ciertas necesidades predeterminadas, o de fines pre-establecidos. Desde el Humanismo Universalista no concebimos la noción de naturaleza en lo social, no hay por tanto ni moral natural, ni institución natural, ni ley natural, ni propiedad natural, ni organización natural, teniendo que comprenderse éstas siempre en relación al momento histórico en el que se producen. El sujeto de la historia, el hacedor de lo social son los pueblos, los individuos que, organizados en comunidades con otros, intencionan en la construcción de un mundo que se les presenta como histórico, como ya constituido por otros. Es la superación del dolor y el sufrimiento, proyecto vital del ser humano, el motor y el sentido de la construcción y transformación social.

El segundo aspecto del presente título, humanismo y antihumanismo, pretende sintetizar sentidos opuestos a las posibles características y atributos del proceso de construcción social. Hablamos entonces de dos direcciones generales y opuestas que concebimos a modo de gran marco de interpretación y descripción de los contenidos que se plasmarán en lo social.

Es conveniente advertir que el humanismo no se comprende como propio de una cultura o de un pueblo, ni tampoco como particular de un momento histórico. Este marco permite entonces el reconocimiento de diferentes momentos históricos en los que se expresa la actitud humanista “*en regiones muy separadas (...), y en períodos muy precisos de diferentes culturas. Y digo “en períodos precisos” porque tal actitud parece retroceder y avanzar de un modo pulsante a lo largo de la historia hasta que muchas veces desaparece definitivamente en los tiempos sin retorno que preceden al colapso de una civilización*” (Silo, 1996: 256).

Si quisiéramos describir los elementos que constituyen y dimensionan la dirección humanista, destacaríamos las siguientes características:

1. La ubicación del ser humano como valor y preocupación central,

2. La afirmación de la igualdad de todos los seres humanos,
3. El reconocimiento de la diversidad personal y cultural,
4. La tendencia al desarrollo del conocimiento por encima de lo aceptado como verdad absoluta,
5. La afirmación de la libertad de ideas y creencias, y
6. El repudio de la violencia.

Para finalizar nuestro encuadre, retomamos las palabras de Silo en su conferencia “Qué entendemos hoy por Humanismo Universalista”, realizada en Buenos Aires, Argentina, en la Comunidad Emanu-El, en Noviembre de 1994:

Será conveniente, para comenzar, explicitar nuestros intereses respecto a estos temas ya que de no hacerlo podría pensarse que estamos motivados simplemente por la curiosidad histórica o por cualquier tipo de trivialidad cultural.

El humanismo tiene para nosotros el cautivante mérito de ser no sólo historia sino también proyecto de un mundo futuro y herramienta de acción actual.

Nos interesa un humanismo que contribuya al mejoramiento de la vida, que haga frente a la discriminación, al fanatismo, a la explotación y a la violencia.

En un mundo que se globaliza velozmente y que muestra los síntomas del choque entre culturas, etnias y regiones, debe existir un humanismo universalista, plural y convergente.

En un mundo en el que se desestructuran los países, las instituciones y las relaciones humanas, debe existir un humanismo capaz de impulsar la recomposición de las fuerzas sociales.

En un mundo en el que se perdió el sentido y la dirección en la vida, debe existir un humanismo apto para crear una nueva atmósfera de reflexión en la que no se opongan ya de modo irreductible lo personal a lo social ni lo social a lo personal.

Nos interesa un humanismo creativo, no un humanismo repetitivo; un nuevo humanismo que teniendo en cuenta las paradojas de la época aspire a resolverlas. (Silo, 1996: 243-244)

La exposición de hoy, en este ciclo de introducción al Humanismo Universalista, intenta presentar los elementos más generales a considerar, en este particular momento histórico, para un proyecto social de dirección humanista.

Estos elementos que iremos desarrollando más adelante, se encuentran sintetizados en el Documento Humanista presentado ante la Segunda Internacional Humanista y el Primer Foro Humanista los días 7 y 8 de octubre de 1993 en Moscú y constituye el ideario del Nuevo Humanismo o Humanismo Universalista. Allí se afirma:

“...entre las aspiraciones humanistas y las realidades del mundo de hoy, se ha levantado un muro...”

¿Cómo describir un estado de lo social?

A las realidades del mundo de hoy las entendemos en términos de crisis de civilización. Hace ya tiempo que la palabra crisis aparece como un presente constante, como un estado fijado y permanente. Pero el estado de permanencia de la crisis justamente indica lo contrario, que todo está en movimiento, en procesos de rupturas, de reordenamientos, de transformaciones. Por otro lado, el proceso de mundialización en que nos encontramos ya no nos permite distinguir diferentes civilizaciones, sino más bien la necesidad de considerar un destino común de esta primer civilización planetaria.

Si aceptáramos que lo social es susceptible de ser medido, valorado, en algunos de sus aspectos, reconocemos un amplio esfuerzo, particularmente desde el último siglo en adelante, por la generación de índices e indicadores que asignen un valor a lo que se pretende medir. Así, nos hemos acostumbrado a la traducción de aspectos de lo social en cifras que pretenden describirlo. NBI, líneas de pobreza e indigencia, IPC, PEA, índices de ocupación o desocupación, inflación, salario real, PBI, distribución de la riqueza y otros con base en las cuestiones de la economía. Relación entre hospitales, médicos, camas por habitante, índice de vacunación para el campo de la salud, tasas de escolarización, de repitencia y otros para el de la educación y así siguiendo. Cada campo de lo social actualmente posee sus propios modos de definir su estado, cuantificándose su valor a fin de que alguien haga algo con esa información.

En la pretensión de establecer un índice con validez mundial que permita realizar comparaciones entre países, y que describa el estado general de lo social, la ONU elaboró en la década del '90 el llamado IDH. Este índice compuesto, integra 3 variables: por una parte, la esperanza de vida al nacer como indicador de vida larga y saludable, por otro lado la educación en la que se combinan

la cantidad de adultos alfabetizados con los matriculados en los distintos niveles escolares y, por último, el nivel de vida digno, medido por el PBI per cápita.

La aplicación de este índice nos informa que el mundo va cada vez mejor, que tanto la esperanza de vida, como la educación y el nivel de vida digno aumentan año tras año prácticamente en todas las latitudes¹. Es decir que, en general, las personas son más saludables, más educadas y más ricas que nunca antes en la historia. Esta afirmación, que inicialmente pudiera parecernos quizás extraña, seguramente encuentre parte de su explicación en los notables avances de la ciencia y la tecnología, por una parte, y la creciente aceptación que van teniendo los lineamientos y directrices planteadas por los derechos humanos. En todo caso, ¿Qué y cuánto nos dice que la población esté más saludable, más educada y más rica?

Paradójicamente, en 2010, el país mejor puntuado en el IDH fue Noruega, en donde hace pocas semanas se produjo el asesinato de 93 personas por parte de un individuo.

Residuo positivista de estas mediciones que pretenden decir desde la externalidad de las situaciones.

Para los humanistas, sostenedores de una concepción activa de la conciencia y de la apertura del hombre-al-mundo, resulta claro que la crisis actual está en estructura con la conmoción que se produce en el plano de las creencias, de los valores y de los supuestos culturales en que fuimos formados y que dan sustento y coherencia a un estado de lo social.

En la conferencia desarrollada en Moscú en Junio de 1992 titulada “La crisis de la civilización y el Humanismo”, Silo plantea que:

Se han realizado grandes trabajos para entender el funcionamiento y destino de las civilizaciones, pero muchos de los investigadores y filósofos que acometieron esas tareas no han profundizado suficientemente en el hecho primario de reconocer que sus preguntas y respuestas surgieron desde el paisaje cultural, desde el momento histórico en que vivieron. Y si hoy se quisiera encontrar una nueva respuesta al tema de la civilización ya no se podría eludir la dificultad (o facilidad) del paisaje cultural en que nos hemos formado y del momento histórico en el que nos toca vivir.

Hoy deberíamos preguntarnos por las condiciones de nuestra propia vida si es que queremos comprender ese devenir y con esto humanizaríamos el proceso histórico sobre el que reflexionáramos. No lo haríamos por interpretar externamente a los hechos producidos por el

¹ Véase <http://hdr.undp.org/es/centrodeprensa/resumen/bienestar/>

ser humano, como se hace en un libro de historia, sino por comprender desde la estructura histórica y dotadora de sentido de la vida humana lo que ocurre en la situación en que vivimos.

Este enfoque nos lleva a advertir las limitaciones que padecemos para formular ciertas preguntas y para dar ciertas respuestas porque el momento mismo en que vivimos nos impide romper el límite de nuestras creencias y supuestos culturales y es, precisamente, la ruptura de nuestras creencias, la aparición de hechos que considerábamos imposibles, aquello que nos permitirá avanzar en un nuevo momento de la civilización.

Como todos comprenden, estamos hablando de la situación vital de crisis en la que estamos sumergidos y, consecuentemente, del momento de ruptura de creencias y supuestos culturales en los que fuimos formados. Para caracterizar la crisis desde ese punto de vista, podemos atender a cuatro fenómenos que nos impactan directamente, a saber:

1.- Hay un cambio veloz en el mundo, motorizado por la revolución tecnológica, que está chocando con las estructuras establecidas y con los hábitos de vida de las sociedades y los individuos;

2.- Ese desfase entre la aceleración tecnológica y la lentitud de adaptación social al cambio está generando crisis progresivas en todos los campos y no hay por qué suponer que va a detenerse sino, inversamente, tenderá a incrementarse;

3.- Lo inesperado de los acontecimientos impide prever qué dirección tomarán los hechos, las personas que nos rodean y, en definitiva, nuestra propia vida. En realidad no es el cambio mismo lo que nos preocupa sino la imprevisión emergente de tal cambio y

4.- Muchas de las cosas que pensábamos y creíamos ya no nos sirven, pero tampoco están a la vista soluciones que provengan de una sociedad, unas instituciones y unos individuos que padecen el mismo mal. Por una parte necesitamos referencias, pero por otra las referencias tradicionales nos resultan asfixiantes y obsoletas. (Silo, 1996: 204-205)

¿Es factible para nosotros dar valor a los indicadores que nos sirven de base y que mencionamos anteriormente? Antes que nada, digamos que cuando se elabora un índice o se definen las variables que intentan dar cuenta de un fenómeno, se dice mucho más de la intención de quienes lo elaboran que aquello que luego pretende informar. Por ello es que nuestro marco interpretativo y descriptivo resulta también en una declaración de intenciones.

Y cuando afirmamos que la transformación humana no tiene límite ni fines pre-establecidos, nos referimos precisamente a que no aspiramos a una situación ideal, en la que luego de efectuar las mediciones correspondientes reconoceríamos la distancia al objetivo y que servirían de referencia para evaluar el estado de un proyecto humanista, sino que mas bien lo comprendemos como una apuesta en una dirección.

Por supuesto que aquellas variables podrían ser factibles de operacionalización, por supuesto que resultarían claras las diferencias entre un momento humanista y uno antihumanista. Pero insistimos en que la apuesta no es a un determinado estado de lo social, sino al avance decidido en una dirección.

De todos modos, si preguntáramos al individuo de a pie acerca de su percepción respecto a la centralidad del valor del ser humano, a la igualdad, a la disminución de la discriminación y la violencia, a la ampliación creciente de la libertad, seguramente las respuestas nos darían claro indicador del modo en que se registra la dirección de los acontecimientos actuales y la crisis a la que hacemos referencia.

El modelo de proceso histórico y las hipótesis de transformación

Pero este proceso no surge de la nada, sino que, como toda comprensión histórica de lo humano, puede interpretarse en su desarrollo y evolución.

En nuestra bibliografía, es particularmente en el libro Cartas a mis Amigos, en donde se explora la situación de crisis. En la presentación de este libro, en Chile en 1994, Silo plantea:

...¿Y cómo es este proceso de crisis?, ¿hacia donde apunta? En las diversas cartas se ejemplifica sobre un mismo modelo. El modelo de sistema cerrado. Este comenzó en el surgimiento del Capitalismo. La Revolución Industrial lo fue potenciando. Los estados nacionales, en manos de una burguesía cada vez más poderosa, comenzaron a disputarse el mundo. Las antiguas colonias pasaron de las testas coronadas a manos de las compañías privadas. Y la banca comenzó su tarea de intermediación, de endeudamiento de terceros y de apoderamiento de las fuentes de producción. Ya la banca financió campañas militares de las burguesías ambiciosas, prestó y endeudó a las partes en conflicto y casi siempre salió gananciosa de todo conflicto. Cuando aún las burguesías nacionales se planteaban el

crecimiento en términos de explotación inclemente de la clase trabajadora, en términos de crecimiento industrial, en términos de comercio, siempre referenciando como centro de gravedad al propio país que manejaban, ya la banca había saltado por encima de las limitaciones administrativas del Estado nacional. Llegaron las revoluciones socialistas, el crack bursátil y las reacomodaciones de los centros financieros, pero estos siguieron en crecimiento y concentración. Luego del último estertor nacionalista de las burguesías industriales, luego del último conflicto mundial, quedó claro que el mundo era uno, que las regiones, los países y los continentes quedaban conectados y que la industria necesitaba del capital financiero internacional para sobrevivir. Ya el Estado nacional comenzó a ser un estorbo para el desplazamiento de capitales, bienes, servicios, personas y productos mundializados. Comenzó la regionalización. Y con ello el antiguo orden empezó a desestructurarse. El viejo proletariado que en su momento era la base de la pirámide social arraigada en las industrias extractivas primarias y que pasó poco a poco a formar parte de los regimientos de trabajadores industriales, empezó a perder uniformidad. Las industrias secundarias y las terciarias, los servicios cada vez más sofisticados fueron absorbiendo mano de obra en una reconversión continua de los factores de producción. Los antiguos gremios y sindicatos perdieron poder de clase direccionándose hacia reivindicaciones inmediatas de tipo salarial y ocupacional. La revolución tecnológica provocó nuevas aceleraciones en un mundo desperejo en el que vastas regiones postergadas se alejaban cada vez más de los centros de decisión. Esas regiones colonizadas, expoliadas y destinadas a ocupar sectores de abastecimiento bruto en la división internacional del trabajo, cada vez vendían más barata su producción y cada vez compraban más cara la tecnología necesaria a su desarrollo. Entre tanto, las deudas contraídas para seguir el modelo de desarrollo impuesto, seguían creciendo. Llegó el momento en que las empresas necesitaron flexibilizarse, descentralizarse, agilizarse y competir. Tanto en el mundo capitalista como en el socialista, las estructuras rígidas comenzaron a resquebrajarse al tiempo que se imponían gastos cada vez más agobiantes para mantener en crecimiento a los complejos militar- industriales. Sobreviene entonces, uno de los momentos más críticos de la historia humana. Y es allí, desde el campo socialista desde donde comienza el desarme unilateral. Solo la historia futura determinará si aquello fue un error o fue, precisamente, lo que salvó a nuestro mundo del holocausto nuclear. Toda esta secuencia es fácilmente reconocible. Y así llegamos a un mundo en el que la concentración del poder financiero tiene postrada a toda industria, a todo comercio, a toda

política, a todo país, a todo individuo. Comienza la etapa del sistema cerrado y en un sistema cerrado no queda otra alternativa que su desestructuración. En esta perspectiva, la desestructuración del campo socialista aparece como el preludio de la desestructuración mundial que se acelera vertiginosamente.

Este es el momento de crisis en el que estamos ubicados. Pero la crisis tiende a resolverse en diversas variantes. Por simple economía de hipótesis y, además para ejemplificar en grandes trazos, en las Cartas se esbozan dos posibilidades. Por una parte, la variante de la entropía de los sistemas cerrados y, por otra parte, la variante de la apertura de un sistema cerrado merced a la acción no natural sino intencional del ser humano. Veamos la primera matizada con un cierto pintoresquismo descriptivo.

Es altamente probable la consolidación de un imperio mundial que tenderá a homogeneizar la economía, el Derecho, las comunicaciones, los valores, la lengua, los usos y costumbres. Un imperio mundial instrumentado por el capital financiero internacional que no habrá de reparar aún en las propias poblaciones de los centros de decisión. Y en esa saturación, el tejido social seguirá su proceso de descomposición. Las organizaciones políticas y sociales, la administración del Estado, serán ocupadas por los tecnócratas al servicio de un monstruoso Paraestado que tenderá a disciplinar a las poblaciones cada vez con medidas más restrictivas a medida que la descomposición se acentúe. El pensamiento habrá perdido su capacidad abstractiva reemplazado por una forma de funcionamiento analítico y paso a paso según el modelo computacional. Se habrá perdido la noción de proceso y estructura resultando de ello simples estudios de lingüística y análisis formal. La moda, el lenguaje y los estilos sociales, la música, la arquitectura, las artes plásticas y la literatura resultarán desestructuradas y, en todo caso, se verá como un gran avance la mezcla de estilos en todos los campos tal como ocurriera en otras ocasiones de la historia con los eclecticismos de la decadencia imperial. Entonces, la antigua esperanza de uniformar todo en manos de un mismo poder se desvanecerá para siempre. En este oscurecimiento de la razón, en esta fatiga de los pueblos quedará el campo libre a los fanatismos de todo signo, a la negación de la vida, al culto del suicidio, al fundamentalismo descarnado. Ya no habrá ciencia, ni grandes revoluciones del pensamiento... solo tecnología que para entonces será llamada "Ciencia". Resurgirán los localismos, las luchas étnicas y los pueblos postergados se abalanzarán sobre los centros de decisión en un torbellino en el que las

macrociudades, anteriormente hacinadas, quedarán deshabitadas. Continuas guerras civiles sacudirán a este pobre planeta en el que no desearemos vivir. En fin, esta es la parte del cuento que se ha repetido en numerosas civilizaciones que en un momento creyeron en su progreso indefinido. Todas esas culturas terminaron en la disolución pero, afortunadamente cuando unas cayeron, en otros puntos se erigieron nuevos impulsos humanos y, en esa alternancia, lo viejo fue superado por lo nuevo. Está claro que en un sistema mundial cerrado no queda lugar para el surgimiento de otra civilización sino para una larga y oscura edad media mundial. (Silo, 1996: 188-191)

La alternativa de una dirección humanista en el proceso actual, como vimos, demanda la acción intencional del ser humano. Silo se pregunta: *¿quiénes podrían producir ese formidable cambio de dirección sino los pueblos que son, precisamente, el sujeto de la historia? ¿Habremos llegado a un estado de madurez suficiente para comprender que a partir de ahora no habrá progreso sino es de todos y para todos? Esta es la segunda hipótesis que se explora en las Cartas. Si hace carne en los pueblos la idea de que (y es bueno repetirlo) no habrá progreso sino es de todos y para todos, entonces la lucha será clara. (Silo, 1996: 192)*

La discusión actual entre Humanismo y Antihumanismo

Pasemos entonces a considerar y analizar los aspectos más generales que definen la posición humanista y que darían ese sentido, esa dirección a la acción intencional de la que hablamos. El próximo párrafo del Documento presenta y sintetiza estos elementos:

“Así está trazada la línea divisoria entre el Humanismo y el Antihumanismo. El Humanismo pone por delante la cuestión del trabajo frente al gran capital; la cuestión de la democracia real frente a la democracia formal; la cuestión de la descentralización frente a la centralización; la cuestión de la antidiscriminación frente a la discriminación; la cuestión de la libertad frente a la opresión; la cuestión del sentido de la vida frente a la resignación, la complicidad y el absurdo”.

Como nos relatara Mario Martínez en el encuentro pasado, el dinero aparece en la sociedad hace relativamente poco tiempo. No es parte de la naturaleza, ni es constitutivo ni esencial de una organización social, sino que es en lo teórico, un instrumento que posibilita una modalidad histórica para regular el intercambio de bienes entre individuos. Pues bien...en la práctica esto ya no es así.

En el Documento se describe:

He aquí la gran verdad universal: el dinero es todo. El dinero es gobierno, es ley, es poder. Es, básicamente, subsistencia. Pero además es el Arte, es la Filosofía y es la Religión. Nada se hace sin dinero; nada se puede sin dinero. No hay relaciones personales sin dinero. No hay intimidad sin dinero y aun la soledad reposada depende del dinero.

Pero la relación con esa "verdad universal" es contradictoria. Las mayorías no quieren este estado de cosas.

Estamos, pues, ante la tiranía del dinero. Una tiranía que no es abstracta porque tiene nombres, representantes, ejecutores y procedimientos indudables.

Los economistas y los políticos seguramente nos esclarecerían el modo en que el sistema financiero y su organización central, la banca, son imprescindibles para el desarrollo humano. Pero no sólo los economistas, ¿cuántos de nosotros podemos imaginar un mundo sin dinero? ¿De qué modo este contenido histórico, este supuesto cultural, nos impide reflexionar y esbozar nuevas preguntas y alternativas? ¿O acaso resulta necesario que definitivamente esta modalidad explote antes de cambiar la dirección?

Un capital especulador que se va concentrando mundialmente. De esta suerte, hasta el Estado nacional requiere para sobrevivir del crédito y el préstamo. Todos mendigan la inversión y dan garantías para que la banca se haga cargo de las decisiones finales. Está llegando el tiempo en que las mismas compañías, así como los campos y las ciudades, serán propiedad indiscutible de la banca. Está llegando el tiempo del Paraestado, un tiempo en el que el antiguo orden debe ser aniquilado. (...) El gran capital domina no solo la objetividad gracias al control de los medios de producción, sino la subjetividad gracias al control de los medios de comunicación e información. En estas condiciones, puede disponer a gusto de los recursos materiales y sociales convirtiendo en irrecuperable a la naturaleza y descartando progresivamente al ser humano. Para ello cuenta con la tecnología suficiente. (...) Los

humanistas no necesitan abundar en argumentación cuando enfatizan que hoy el mundo está en condiciones tecnológicas suficientes para solucionar en corto tiempo los problemas de vastas regiones en lo que hace a pleno empleo, alimentación, salubridad, vivienda e instrucción. Si esta posibilidad no se realiza es, sencillamente, porque la especulación monstruosa del gran capital lo está impidiendo.

Entre Octubre de 2009 y Enero de 2010 los humanistas realizamos la Marcha Mundial por la Paz y la No Violencia, marcha que recorrió países de todos los continentes denunciando la peligrosa situación mundial signada por la posibilidad de conflictos nucleares, el armamentismo y la violenta ocupación militar de territorios. Es precisamente el complejo militar industrial uno de los motivos y destinos de enormes recursos monetarios, científicos y tecnológicos. Los desarrollos en electrónica, informática, física, química e incluso biología, tienen un alto impacto en los usos de la guerra. Muchos programas de investigación producirán conocimiento que luego será utilizado por este complejo. Los organizadores de la marcha nos esclarecieron de la cantidad de dinero, una cantidad enorme de dinero, que se inyecta año tras año en esos destinos. También nos esclarecieron sobre las equivalencias en relación a las mejoras en la calidad de vida de millones de personas que esos recursos representan.

Resulta evidente que el sostenimiento y multiplicación de esos presupuestos nacionales materializan las intenciones de determinados grupos, entre los que, no casualmente, la banca está siempre presente. La banca financia los procesos que permitirán el desarrollo del complejo militar industrial y la guerra, sean éstos investigaciones, producción de armamento, requerimientos logísticos, movilidad de barcos, aviones, tropas, alimentos, medicinas, etc. Y luego, es la misma banca la que financia la reconstrucción de las ciudades aniquiladas. Cuando Silo refiere a la banca como Paraestado, corporiza y posiciona al “enemigo mayor”, permitiéndonos su reconocimiento.

“El gran capital ya ha agotado la etapa de economía de mercado y comienza a disciplinar a la sociedad para afrontar el caos que él mismo ha producido.”

Los acontecimientos del 2001 en este país (Argentina), hoy se están replicando en algunos puntos de Europa. Algunos países que han pretendido sostenerse en base a una economía financiera

comienzan a implosionar por efecto del mismo sistema que lo sostuvo. La crisis financiera de 2008 y 2009, crisis de entidades financieras (bancos, aseguradoras, etc.) implicó la intervención de los Estados Nacionales para su salvataje. Los fundamentalistas y fanáticos del libre mercado, del Estado mínimo, de la no intervención estatal, demandaban amenazantes, el auxilio de los gobiernos de turno. Así se hizo, por supuesto, en detrimento de presupuesto para el mejoramiento de la calidad de vida de las poblaciones. Hace pocos días el mundo temblaba por la posible entrada en “default” de los EE.UU. Y ahora vuelven a retumbar los ecos de las crisis de los sistemas financieros, las primeras planas de los diarios y los noticieros de la TV se ocupan incesantemente de los movimientos de las bolsas, declamando el clima de desconfianza, la ola de recesión que vendrá y sobre la necesidad del ajuste como única salida.

Pero salgamos por un momento de la economía financiera, teóricamente soportada en la llamada economía “real”. Esta economía se refiere al sector de la producción. Volviendo al Documento, leemos que:

Para los humanistas existen como factores de la producción el trabajo y el capital, y están de más la especulación y la usura. En la actual situación los humanistas luchan porque la absurda relación que ha existido entre esos dos factores sea totalmente transformada. Hasta ahora se ha impuesto que la ganancia sea para el capital y el salario para el trabajador, justificando tal desequilibrio con el "riesgo" que asume la inversión... como si todo trabajador no arriesgara su presente y su futuro en los vaivenes de la desocupación y la crisis. Pero, además, está en juego la gestión y la decisión en el manejo de la empresa. La ganancia no destinada a la reinversión en la empresa, no dirigida a su expansión o diversificación, deriva hacia la especulación financiera. La ganancia que no crea nuevas fuentes de trabajo, deriva hacia la especulación financiera. Por consiguiente, la lucha de los trabajadores ha de dirigirse a obligar al capital a su máximo rendimiento productivo. Pero esto no podrá aplicarse a menos que la gestión y dirección sean compartidas. De otro modo, ¿cómo se podría evitar el despido masivo, el cierre y el vaciamiento empresarial? Porque el gran daño está en la subinversión, la quiebra fraudulenta, el endeudamiento forzado y la fuga del capital, no en las ganancias que se puedan obtener como consecuencia del aumento en la productividad. (...) En cuanto a la objeción de que encuadrar al capital, así como está encuadrado el trabajo, produce su fuga a puntos y áreas más provechosas, ha de aclararse que esto no ocurrirá por mucho tiempo más ya que la irracionalidad del esquema actual lo lleva a su saturación y crisis mundial. Esa objeción,

aparte del reconocimiento de una inmoralidad radical desconoce el proceso histórico de la transferencia del capital hacia la banca resultando de ello que el mismo empresario se va convirtiendo en empleado sin decisión dentro de una cadena en la que aparenta autonomía. Por otra parte, a medida que se agudice el proceso recesivo, el mismo empresariado comenzará a considerar estos puntos.

El carácter mas violento del capitalismo financiero actual es la desigualdad. Desigualdad de oportunidades, desigualdad en la distribución de la riqueza, desigualdad en el acceso a los bienes y servicios producidos socialmente, desigualdad en el acceso a los conocimientos, desigualdad en el acceso a la salud...

Para los humanistas, el capital debe estar dirigido a la producción y el sistema financiero debe minimizar la captación de capital, orientado prioritariamente a la financiación de proyectos de producción de bienes y servicios sociales. En este sentido, la banca debe transformarse en una institución social sin fines de lucro. Será una banca del estado, una banca regional, continental o mundial, pero definitivamente se presenta como urgente el acuerdo y avance hacia la transformación de la banca y el sistema financiero.

Para los humanistas, el sistema de empresa privada tiene que orientarse a la modalidad de la propiedad participativa del trabajador (PPT), dentro de un modelo general de economía mixta (SEM) en el que lo estatal y lo privado se complementen. Como afirma Guillermo Sullings, “*Un sistema de economía mixta, sólo podrá sustentarse en los pilares de una democracia real y participativa, y no en una democracia formal, donde los grupos de poder utilizan la pantalla electoral para disimular la dictadura del capital*”.²

“Los humanistas sienten la necesidad de actuar no solamente en el campo laboral sino también en el campo político para impedir que el Estado sea un instrumento del capital financiero mundial, para lograr que la relación entre los factores de la producción sea justa y para devolver a la sociedad su autonomía arrebatada.”

² Sullings G. “Más allá del capitalismo. Economía Mixta”. Magenta Ediciones. Mar del Plata. 2000

El rol asumido por algunos Estados Nacionales durante las crisis financieras evidencia su subordinación al capital, resultando de ello una relación vital y compleja, para el sostenimiento del Estado capitalista liberal.

Si en los '90 asistíamos al momento cúlpe del neoliberalismo, algunas transformaciones que se producen en este nuevo siglo en algunos países, especialmente en América Latina, en relación al rol del Estado, muestran todavía la importancia y relevancia de las decisiones de gobierno. En esta región estamos asistiendo a la aparición de gobiernos que, a contramano del proceso anterior, relanzan el protagonismo del rol del estado, asumiendo compromisos y políticas clave en la construcción social que interpretamos como de dirección humanista. Celebramos este proceso, al tiempo que reclamamos la profundización de la dirección y la transformación hacia un modelo de Estado coordinador y un sistema de economía mixta.

En todo caso, y mientras subsistan los Estados nacionales, las formas de la democracia plantean posibilidades de acción en la dirección humanista que aspiramos.

Volvamos al Documento y analicemos entonces la cuestión de la democracia real y la democracia formal.

Gravemente se ha ido arruinando el edificio de la democracia al resquebrajarse sus bases principales: la independencia de poderes, la representatividad y el respeto a las minorías.

La teórica independencia entre poderes es un contrasentido. Basta pesquisar en la práctica el origen y composición de cada uno de ellos, para comprobar las íntimas relaciones que los ligan. No podría ser de otro modo. Todos forman parte de un mismo sistema. De manera que las frecuentes crisis de avance de unos sobre otros, de superposición de funciones, de corrupción e irregularidad, se corresponden con la situación global, económica y política, de un país dado.

En cuanto a la representatividad. Desde la época de la extensión del sufragio universal se pensó que existía un solo acto entre la elección y la conclusión del mandato de los representantes del pueblo. Pero a medida que ha transcurrido el tiempo se ha visto claramente que existe un primer acto mediante el cual muchos eligen a pocos y un segundo acto en el que estos pocos traicionan a los muchos, representando a intereses ajenos al mandato recibido.(...)Todo esto evidencia una profunda crisis en el concepto y la implementación de la representatividad.

Los humanistas luchan para transformar la práctica de la representatividad dando la mayor importancia a la consulta popular, el plebiscito y la elección directa de los candidatos. Porque aún existen, en numerosos países, leyes que subordinan candidatos independientes a partidos políticos, o bien, subterfugios y limitaciones económicas para presentarse ante la voluntad de la sociedad. Toda Constitución o ley que se oponga a la capacidad plena del ciudadano de elegir y ser elegido, burla de raíz a la democracia real que está por encima de toda regulación jurídica. Y, si se trata de igualdad de oportunidades, los medios de difusión deben ponerse al servicio de la población en el período electoral en que los candidatos exponen sus propuestas, otorgando a todos exactamente las mismas oportunidades. Por otra parte, deben imponerse leyes de responsabilidad política mediante las cuales todo aquel que no cumpla con lo prometido a sus electores arriesgue el desafuero, la destitución o el juicio político. Porque el otro expediente, el que actualmente se sostiene, mediante el cual los individuos o los partidos que no cumplan sufrirán el castigo de las urnas en elección futura, no interrumpe en absoluto el segundo acto de traición a los representados. En cuanto a la consulta directa sobre los temas de urgencia, cada día existen más posibilidades para su realización tecnológica. No es el caso de priorizar las encuestas y los sondeos manipulados, sino que se trata de facilitar la participación y el voto directo a través de medios electrónicos y computacionales avanzados.

En una democracia real debe darse a las minorías las garantías que merece su representatividad, pero, además, debe extremarse toda medida que favorezca en la práctica su inserción y desarrollo. Hoy, las minorías acosadas por la xenofobia y la discriminación piden angustiosamente su reconocimiento y, en ese sentido, es responsabilidad de los humanistas elevar este tema al nivel de las discusiones más importantes encabezando la lucha en cada lugar hasta vencer a los neofascismos abiertos o encubiertos. En definitiva, luchar por los derechos de las minorías es luchar por los derechos de todos los seres humanos.

En estos últimos años asistimos a un importantísimo incremento de las manifestaciones sociales. Particularmente de grupos minoritarios que vienen sosteniendo luchas y reclamos en los más diversos aspectos: por la paz y la no-violencia, los llamados “pueblos originarios”, minorías religiosas, reclamos de leyes igualitarias sobre la sexualidad, el género, los migrantes, reclamos estudiantiles por modificaciones de los sistemas educativos, manifestaciones sindicales, por el cuidado y protección del medio ambiente, por el acceso a la salud, a los recursos del lugar, reclamos por cambios de régimen políticos (como hemos visto en los últimos años en varios

países de África), contra los ajustes motivados por las crisis en diversas latitudes, manifestaciones contra las reuniones de las organizaciones de comercio, y grupos de poder, etc. Cuando se pone la lupa en esta espiral creciente de reclamos en el mundo, se avizora el pedido a gritos por libertad de elección, por igualdad, por el abandono definitivo de un sistema que aprisiona la diversidad y asfixia al ser humano. Muchas de estas luchas y reclamos terminan triunfando por sobre los usos y costumbres aceptados, por sobre los grupos más conservadores, legalizándose nuevas leyes, aceptando la diversidad de modalidades de relación social.

Continúa el Documento:

Pero también ocurre en el conglomerado de un país que provincias enteras, regiones o autonomías, padecen la misma discriminación de las minorías merced a la compulsión del Estado centralizado, hoy instrumento insensible en manos del gran capital. Y esto deberá cesar cuando se impulse una organización federativa en la que el poder político real vuelva a manos de dichas entidades históricas y culturales.

En definitiva, poner por delante los temas del capital y el trabajo, los temas de la democracia real, y los objetivos de la descentralización del aparato estatal, es encaminar la lucha política hacia la creación de un nuevo tipo de sociedad. Una sociedad flexible y en constante cambio, acorde con las necesidades dinámicas de los pueblos hoy por hoy asfixiados por la dependencia.

Un Estado que aspire a avanzar en una dirección humanista debe priorizar su acción en el campo de la educación, en el campo de la salud y en todos los aspectos que hacen a la calidad de vida. Esto implica la ampliación del acceso para toda la población a establecimientos educativos y de salud en cantidades suficientes, gratuitas, de infraestructuras adecuadas, tecnológicamente equipadas y aptas para dar respuesta a la diversidad cultural. Respecto de la calidad de vida, priorizamos enfáticamente en la necesidad de construir lo social de modo tal que todo ser humano y por el sólo hecho de ser humano, tenga cubiertas sus necesidades de alimentación, vestido, transporte y vivienda dignas, sin ningún tipo de dependencias respecto de los recursos materiales con los que cuente. Una construcción social que garantice y fomente la igualdad de oportunidades, la libertad de elección en todos los campos de la vida, que eduque para la acción no violenta y no discriminatoria.

A modo de síntesis, retomamos nuevamente lo dicho más arriba:

“Así está trazada la línea divisoria entre el Humanismo y el Antihumanismo. El Humanismo pone por delante la cuestión del trabajo frente al gran capital; la cuestión de la democracia real frente a la democracia formal; la cuestión de la descentralización frente a la centralización; la cuestión de la antidiscriminación frente a la discriminación; la cuestión de la libertad frente a la opresión; la cuestión del sentido de la vida frente a la resignación, la complicidad y el absurdo”.

Tal como hemos considerado, lo social se construye por la intención de los seres humanos que agrupados en torno a sus particulares intereses, despliegan las estrategias que consideran adecuadas para plasmar el mundo al que aspiran. En la apropiación del todo social por una parte del mismo se violenta la esencia básica de la intención humana, convirtiendo a éstos en objetos de uso, en objetos de la naturaleza.

“Cada vez que un individuo o un grupo humano se impone violentamente a otros, logra detener la historia convirtiendo a sus víctimas en objetos "naturales". La naturaleza no tiene intenciones, así es que al negar la libertad y las intenciones de otros, se los convierte en objetos naturales, en objetos de uso. El progreso de la humanidad, en lento ascenso, necesita transformar a la naturaleza y a la sociedad eliminando la violenta apropiación animal de unos seres humanos por otros. Cuando esto ocurra, se pasará de la prehistoria a una plena historia humana.

Los Humanistas

Para terminar, ¿a quiénes va dirigido este Documento?

Quiénes son los humanistas de esta época? De dónde vienen? Qué quieren? Qué no quieren? A qué aspiran? Qué mundo desean?

Así se inicia el Documento Humanista:

“Los humanistas son mujeres y hombres de este siglo, de esta época. Reconocen los antecedentes del humanismo histórico y se inspiran en los aportes de las distintas culturas, no solamente de aquellas que en este momento ocupan un lugar central. Son, además, hombres y mujeres que dejan atrás este siglo y este milenio, y se proyectan a un nuevo mundo.

Los humanistas sienten que su historia es muy larga y que su futuro es aún más extendido. Piensan en el porvenir, luchando por superar la crisis general del presente. Son optimistas, creen en la libertad y en el progreso social.

Los humanistas son internacionalistas, aspiran a una nación humana universal. Comprenden globalmente al mundo en que viven y actúan en su medio inmediato. No desean un mundo uniforme sino múltiple: múltiple en las etnias, lenguas y costumbres; múltiple en las localidades, las regiones y las autonomías; múltiple en las ideas y las aspiraciones; múltiple en las creencias, el ateísmo y la religiosidad; múltiple en el trabajo; múltiple en la creatividad.

Los humanistas no quieren amos; no quieren dirigentes ni jefes, ni se sienten representantes ni jefes de nadie. Los humanistas no quieren un Estado centralizado, ni un Paraestado que lo reemplace. Los humanistas no quieren ejércitos policíacos, ni bandas armadas que los sustituyan.

Pero entre las aspiraciones humanistas y las realidades del mundo de hoy, se ha levantado un muro. Ha llegado pues, el momento de derribarlo. Para ello es necesaria la unión de todos los humanistas del mundo.”

Bibliografía

Silo. “Habla Silo. Recopilación de opiniones, comentarios y conferencias 1969 – 1995”. Magenta Ediciones. Buenos Aires, 1996.

Sullings G. “Más allá del capitalismo. Economía Mixta”. Magenta Ediciones. Mar del Plata. Buenos Aires, 2000.